

Arturo Suárez-Bárcena

el BORSALINO rojo



SIL
colección narrativa



© Arturo Suárez-Bárcena, 2012

© De esta edición en ePub: eBooksBierzo, 2012

Foto portada: Anxo Cabada, <http://www.anxocabada.com/>

Diseño colección: Miryam Anllo. DiLab. Urueña, <http://www.di-lab.org/>

ISBN 978-84-940458-0-6

Esta obra no puede ser reproducida, total o parcialmente, sin la autorización de los propietarios del copyright.

<http://www.ebooksbierzo.com/>

Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Arturo Suárez-Bárcena

el BORSALINO rojo



SIL
colección narrativa





EL BORSALINO **ROJO**
ARTURO **S**UÁREZ-BÁRCENA

PRÓLOGO

La vida no es sencilla, tampoco buena, noble o sagrada, como intuyó el poeta, se balancea entre la perversión y el misticismo, estrangulándose a sí misma, catapultándose y hundiéndose en sucesivas sacudidas; es falso que transcurra en pareja, que las relaciones sean de dos, que el amor sea eterno; todo es efímero, todo se escapa, nada perdura; la fidelidad es una enfermedad, una obsesión que cura como un bálsamo puro y limpísimo el paso del tiempo; los sentimientos son triangulares como la primera geometría de la infancia; las enseñanzas clásicas y ancestrales son una falacia; solo las orcas creen en la monogamia como solo los capitalistas en la propiedad privada; en la vida urbana, canalla y estrepitosa no existen las grandes verdades ni valores, se derrumban como castillos de sal, como naipes marcados, como estatuas de hiel; entre la cristalería de los rascacielos y el submundo del metro transcurren vidas indigentes, harapos y miserias; hemos aprendido que la globalidad anula al individuo, sus miedos, sus asma, sus credos; también sabemos que la amistad es sagrada, la mujer confusa, la evasión por cualquier medio, lícita. Nos garantiza como humanos nuestro fatalismo, nuestra depresión, nuestro terror a la vida y a la muerte, pero también nuestros sueños, nuestros triunfos y nuestra aspiración perpetua a la libertad.

Mi personaje es prueba de todo ello, víctima de la condición humana, la suya y la de de sus contemporáneos,

deleznable y grandiosa, de mendrugos y champán; vivir es equivocarse, multiplicarse en errores, perfeccionarse en la indiferencia, santificarse en el cinismo, el robo y la estética. Todo eso cuento, todo eso vive Jonás, revolcado por distintas ciudades con vientos de *subprime*, diferentes contertulios, Sabina, marquesas, cantantes, estrípers y usureros, personaje desilusionado y sufriente, periodista y escritor, víctima y verdugo en numerosos amores, plurales historias del corazón, como diría su amado Rubén Darío.

PRIMERA PARTE

*Silencio, risa y
cordura
dan aliento a
mi locura;
hay nieve, hay fuego, hay deseo,
allí donde me recreo.
Donde nos llevó la imaginación...*

Antonio Vega

I

Madrid era la ciudad interminable y gravemente luminosa donde los cielos crepusculares se maquillaban de neón con paciencia y pecado y las chicas se abotonaban las camisas después del amor, por Azca o Gran Vía, con el hipido leve que les baila en el esternón y un resplandor breve, intenso y suntuoso en los labios envejecidos por la indiferencia, la inestabilidad o las interminables listas del paro. Madrid era bella, promiscua y perversa, el lugar donde se arracimaban como vides femeninas, como cosechas prematuras, las gogós más seductoras, los cantautores más golfos, los próceres más ambiciosos; Madrid era el pánico de las *subprime*, corría el año dos mil ocho o dos mil nueve, una pólvora nueva, peligrosa y desconocida se disparaba en la ciudad de las torres Kio, de los paseos almidonados de El Retiro y del Ángel Caído de Bellver. Y allá, Botín, trémulo en modernos torreones de cristal, se enturbiaba la calva con preocupaciones numerarias, balances contaminados y activos tóxicos que pululaban las entrañas de las sucursales de a pie de calle, primera línea de trincheras, donde los despidos eran múltiples y los impagos excesivos. Madrid era una conjura de detectives, de pérfidos espías, de crisis internas, lugar donde las nubes cenicientas amenazaban lluvia y el cielo estrellado se desmemoriaba como las hojas caídas del árbol de la ciencia. Madrid era el silencio ardiente de Barajas, el colapso en la memoria de Atocha, 11-M, había paseantes, parados, periodistas, alquimistas, prestamistas, marquesas repintadas y trasnochadoras, un poco de todo. Madrid fue una ciudad de carmín y muelas picadas, de ADSL y tabernones bohemios; por

los altos rascacielos, entre corbatas de Moschino y maletas de Vuitton, los tiburones del Ibex, los brokers poderosos, barajaban saltar al vacío como al vacío saltaron otros en el Nueva York del 29, las burbujas, las pompas, como dijo el otro, habían ascendido súbitamente hasta quebrarse en una recesión intensa y prolongada.

Ese era mi Madrid y por allí caminaba con las manos en los bolsillos, la cartera saqueada, siempre costeándome la vida con sablazos o préstamos, que venía a ser lo mismo, la mirada perdida, el pelo revuelto, la barba rala, *te odiaré hasta que la muerte nos separe*, le había dicho, muy solemne, quizá fuese verdad, aquella frase lapidaria, cinematográfica y fatal, quizá era cierta, y terminaba recordando ese momento y otros muchos mientras me dirigía entre multitudes asfixiantes al palacio de la Marquesa. La España de títulos nobiliarios, de clarines de coroneles y sotanas oscuras había desaparecido en apenas dos décadas y entonces el ejército y la iglesia, más los nobles, eran una leyenda negra que se mantenía en la memoria por el cine nefasto, la literatura retrógrada y los rencores inapropiados; solo, en ocasiones, sobrevivía como una muestra, conservado en formol, en alcohol o en portadas de papel cuché alguna duquesa dada a los toros, a los palacios, a los pañuelos al cuello y a las misas primeras donde se confiesan los pecados veniales y se ocultan los vaginales.

En el Barrio de Salamanca, entre Loewe y Chanel, entre las amplias avenidas, los semáforos concurridos, las cafeterías elegantes, entre el lujo, el confort, los automóviles potentes y las divorciadas millonarias, allí, como una sorpresa del urbanismo, una broma de sillerías, gárgolas, arcos y heráldica, en su palacio suntuoso, barroco y clerical habitaba la marquesa de las Flores en un sueño de palomas disecadas, jabalíes acuchillados, rosarios con olor a sepia y naftalina. El servicio sospechoso e hipócrita;

Amalita, la hija adolescente e imposible, rebelde y progresista, de poesía y *pop art*; el marido comatoso, intubado innumerables veces, un pedazo de carne que respiraba entre el frondor de los cables, los goteros y las enfermeras, aquél que proporcionó, cuando fue preciso, tiempo atrás, placeres, solvencia y el palacio familiar. Allí me refugiaba.

Tocaba en la puerta metálica con una aldaba fría y pesada, dejando a mis espaldas el bullicio estrepitoso de la circulación y, después de una espera prolongada, se abría ante mí la verja celestial. Había un chirrido penetrante, había un saludo de cortesía que Pérsiles abreviaba con un *sígame*, llevaba la corbata negra y los guantes blancos. Pasábamos por innumerables habitaciones, los altos techos estaban pintados con motivos bélicos o religiosos, entre Velázquez y Goya, para dejarme, paseante por un salón, a la espera de la Marquesa, que siempre hacía gala de una tardanza calculada.

A veces, mientras llegaba, o ya en la reunión, coincidía con el conde Reus, un joven moreno, elegante, pretencioso, vanidoso, dilapidador y afable que frecuentaba a la marquesa para aureolarse en la sociedad, amigo al que ya conocía y que me inició en todas las tropelías de Madrid. Le encantaban las fiestas del Ritz y del Palace, donde procuraba llegar del brazo de mi Marquesa, acontecimientos en los que ella practicaba halterofilia con sus joyas, recargada de pendientes, recargada de collares sobre collares, como una montaña de quilates relucientes y cegadores, recargada de anillos y sortijas, todo un alarde de poderío y solvencia que le tersaban la piel desgastada de sus cuarenta y largos.

El conde Reus simpatizaba conmigo, me despreciaba o admiraba calladamente, pese a todos los excesos compartidos, que ya se contarán, y meditaba en lo hondo del salón mis relaciones con la Marquesa. El Conde, todo un golfo de seda y

almidón, bastón de plata, un temblor apenas perceptible en su mano izquierda y su reloj de bolsillo anacrónico, trasto al que le daba cuerda para, acto seguido, llevarlo junto sus oídos y recrearse en el armonioso discurrir del tiempo, practicaba con torpeza los duelos en las traseras de la Casa de Campo o de El Retiro. Posaba con la tónica con Beefeater sobre alguna mesa y hacía una ligera genuflexión ante la Marquesa, más un gesto macho para mi persona y también, en su caso, para el resto de acompañantes. Contaba pleitos y duelos, siempre con pleitos.

-Esta turba proletaria delira con procesarme, habría que guillotinarlos en masa. A mí, a un terrateniente, señor de Olivares. La justicia es el medio más infame de desprestigiar a los nobles. No se respetan los valores nacionales. Mi bisabuelo los haría ahorcar.

El conde Reus era famoso, además de por las relaciones con la Marquesa y con la gente bien de la Capital, por los impagos a los jornaleros. A veces, entre copa y copa, nos informaba de las reclamaciones judiciales, por Jaén y Sevilla, donde las haciendas familiares fueron cuantiosas y sus apellidos una institución mancillada. La madre, fosilizada en el caserón andaluz, delegó la gestión del patrimonio en manos del Conde que, dado a casinos y excesos, pistolas y amores, dilapidó la fortuna. Le quedaba entonces el nombre, el apellido, las compañías, los blasones y el linaje.

La Marquesa sonreía con malicia, entre los abanicos o la estola, y consolaba con tiernos ademanes al Conde, muy maternal, que fruncía el entrecejo y amagaba entre su ira un puchero infantil.

-Y tú, Jonás, ¿qué dices?

-Conde -le contestaba yo-, guillotinarlos. La guillotina es la respuesta al escarnio sufrido. ¡Viva el Antiguo Testamento!

-No le avives la hoguera, Jonás, que se te ve el plumero.

A veces, mientras mirábamos tapices, después de la espera, después de la cortesía de la marquesa de las Flores, que besaba por dos veces el aire, junto a mis mejillas, dejando un chasquido de los labios rojos, sonoros y frutales, después, decía, a la hora del primer champán, regurgitaba la voz de Amalita, primero tras la puerta y, luego, con descaro, en el salón de los cómodos divanes de terciopelo. Amalia, Amalita, pataleaba su adolescencia incandescente, la rebeldía generacional –más de *Playstation* que de Carlos Marx- en las alfombras persas de la Marquesa.

Amalia, Amalita, dieciséis años, el pelo caoba revuelto, con un hermoso flequillo muy de moda, a lo Cleopatra, como se lo habíamos visto varias generaciones a Liz Taylor, unas manos de lirios rotos, el meñique diminuto, el pecho incipiente, los pies torpes, las caderas excesivas, los labios turbios, el atuendo contestatario, camisas desteñidas y vaqueros con agujeros, más aquella pashmina color naranja, a mitad de camino entre el glamour y la revolución. Amalia, hija única, nos miraba con desdén y arrogancia desde la timidez esquiva e indolente, desde su media orfandad. Apenas saludaba y discutía con la marquesa de las Flores. Acusaba nuestra presencia, la mía, mayormente, y salía otra vez atusándose el pelo revuelto y colocándose los auriculares.

-Amalita, hija mía, no hables así delante de Jonás. Discúlpala, está ofuscada -se dispensaba la marquesa, cuando aquella chica me había faltado y me acusaba de chulear a su madre.

-Este chulo que se largue -gritaba-, te está sableando. Apesta a aguardiente. ¡Y papá en la clínica!

Entonces podía o no podía, según, entrar Pérsiles, mayordomo del palacio, cuyo nombre, falso, le puso la Marquesa. En las manos aquella bandeja de plata y en los ojos turbados la pregunta, *¿señora, me llevo a la niña?* Pero, ya se ha dicho, era frecuente que Amalia, Amalita, la hija de los marqueses, con una mente preclara, con unos pasos fatalistas y breves, desapareciera por la puerta por sí sola, era el fantasma de la mansión que emergía para reprochar el estigma familiar, la herida en la honra, los pecados gloriosos de la Marquesa.

Algunas tardes, a última hora, cuando la ciudad bullía de ciudadanos y las luces de las oficinas acrisoladas se desmayaban en sucesivos apagones, cuando la taberna de Rosalinda moría de éxito, llegaba al palacio de la Marquesa, quede dicho, con la cartera vencida, el pelo revuelto, la barba rala, una historia dormida en los labios y me tumbaba eternamente en los tímidos sofás de terciopelo, lejos de la tertulia de la Marquesa, de los invitados múltiples, ejército desfilante de las alcobas, los pasillos, los salones y los jardines. A lo lejos podía, en ocasiones, entre la duermevela, escuchar comentarios, frases lapidarias, descripciones humillantes; yo era el desarrapado que se instalaba en la comodidad de los salones con diván, chuleando con juventud y modales cuestionables a la Marquesa, yo era, decían, muchas cosas y ninguna buena. El viento se lanzaba contra los cristales, las ventanas trepidaban y los murmullos rebotaban por las bóvedas de la casona.

-Esa chica, usted sabe, Marquesa, usted lo sabe, no se haga la orejas. Impera una explicación popular.

Había leído aquello de que a las mujeres para ser felices les basta con no tener escrúpulos; aquella chica, sin escrúpulos en absoluto, no obstante, jamás fue o sería feliz. A ciertas mujeres la felicidad se le resiste como las cerraduras seguras a los ladrones sin oficio, era de esas. Pasaban tardes de diván, de

nubes indecisas, yo pensaba, asimilaba la ruptura en una desesperación contenida, inapetente, alternando frases superfluas, bagatelas varias con la Marquesa o con el citado Conde, más el resto de personajes que frecuentaban el palacio de mi patrocinadora. A las mujeres para ser felices les basta con no tener escrúpulos, había leído, y sin embargo ella no era feliz, no podía serlo. Entonces entraba, con mucha confianza y pocas palabras, Pérsiles, que ya me daba un trato familiar y poco protocolario, a veces hiriente, austero, para ofrecerme bebidas, pastillas, pastas o revistas. Pérsiles, en alguna ocasión, me acercaba los zapatos, los viejos náuticos agrietados o unas alpargatas ruinosas, mientras le declinaba cualquier invitación con desgana y asco. Pérsiles era el testigo mudo de mis amoríos aristocráticos y se lo tomaba con mucha sorna, muy propio del servicio que se recrea en los *affaires* de los señores de la casa.

O venía Amalita, Amalia, con su candor de nínfula, en pijamas inocentes, titubeando entre Saramago y José Hierro, la caótica intelectual de la edad, y me pedía que le leyese algún fragmento, algunos versos, momentos en los cuales ahondaba la voz, con tono ronco y lleno de ausencias deliberadas, ella se sentaba en el suelo, junto al diván, las piernas cruzadas y las manos en el mentón, concentrándose con esfuerzos pueriles en mis palabras, que no eran mías, claro, pero que robaba con acierto como había hecho en la primera adolescencia. Amalia, la niña que se pierde, la mujer que se inicia, como se inicia siempre cualquier profesión, suspicacias, sonrisas equívocas, todo el repertorio.

-Qué bien lees. Tienes buena voz -susurraba ella, cuando la pausa.

Leía sin prisa alguna, porque en realidad no tenía dónde ir, ni qué hacer, o si lo tenía lo dejaba a un lado, allí me sentía recogido como un perro vagabundo que se acomoda en los

colchones mullidos de la calle Serrano, en aquel Madrid que fue mi Madrid, corría el año dos mil nueve. *Si te odio es porque te follas a mamá*, dijo.

Llega un momento, una edad que puede ser tardía, aunque la sintamos precoz, en la que nos confunde descubrir los pecados de la madre. Así, Amalia, la pequeña nínfula, que empezaba a descubrir el poder de su condición femenina -llega un día en que una mujer realiza el hallazgo y comprende el poder ilimitado de su cuerpo, de las piernas de seda y saliva, de las caricias almidonadas-, encontraba los deslices de la Marquesa como un pescado muerto en mitad de la playa, y me odiaba por beneficiarme secretamente a la marquesa de las Flores, viuda con marido comatoso, intubado desde tiempos inmemoriales en la planta de cualquier hospital de la ciudad, o en la cama doméstica, lugares en los que lo visité, con la esposa/viuda y que, a su tiempo, contaré.

Tardes, en ocasiones, de parchís con el conde Reus, en la pequeña sala, recogida y funcional, cálida y hospitalaria como un colchón a ciertas horas de la madrugada, con la Marquesa expectante, rímel, escote y abanico, el esmalte de uñas discreto, el olor fuerte. Largas tardes donde trataba de olvidar, *te odiaré hasta que la muerte nos separe*, le había dicho, contaba veinte, contaba diez, los cincos salían o no salían y el viejo reloj de pared, dorado, ruidoso y eficaz, arrastraba las agujas con persistencia, agotando las tardes o las noches, mientras las palabras se balanceaban en los balancines de lo absurdo y procaz.

-Señor Conde, le toca.

-¿Hoy no visita el hospital? Es jueves, los jueves son de respiradores y bailes de salón. Al Ritz, Marquesa, hoy es noche de Ritz. Jonás –me miraba como si en ese instante reparase en mi

presencia-, nunca nos acompañas, siempre nos abandonas para largarte con los marginales esos de la taberna.

-Conde, en la taberna alterno con Sabina, con el general golpista, con el intelectual, con el poeta surrealista, son tertulias interesantes. A veces, si está en condiciones, hasta viene Antonio Vega.

-¡Comunistas y masones! A esa farándula hay que darle escarnio. Avivan el fuego de mis procesos, no reparan en nada. La muchedumbre se crece con los iconos marxistas que triunfan en Las Ventas.

Pérsiles, si está, carraspea. Es posible que sea una muestra de disentimiento o un leve resfriado, la Marquesa sonríe, rebate a veces las afirmaciones, se abanica, se sonroja, me acaricia una mano bajo la mesa y le certifica al Conde que a mis años es normal que trate con gente de diversas calañas. El Conde, indignado pero sumiso, como un animal contrariado, niega con la cabeza, en un silencio prudente pero delatador de sus opiniones, tira los dados y cuenta cinco. Se ha puesto a tiro de tres.

O las mañanas imposibles de los largos paseos, entre las avenidas, a esas horas donde todo el mundo tiene algo que hacer, un encargo, una venta, una carta, arreglar el amortiguador, momentos en los que la ciudad es funcional y discurre con urgencia, y yo me quedaba indeciso, expectante, dolido, mientras aguardaba un semáforo tardón y se cruzaban conmigo, ya en el paso de cebra, chicas con lágrimas y alas rotas, señores serios de un luto discreto, era el momento íntimo en el que, cuando uno se fijaba en esto o aquello, los muñecos verdes se aceleraban y los cláxones gruñían enojados.

Eran mañanas largas, tediosas, infructuosas, en las que se terminaba en el parque de El Berro, por ejemplo, y los paseantes

caminaban con los brazos en la espalda, el periódico por alguna parte, aflorando como una paloma de tinta entre la camisa o los vaqueros, y en los bancos, de viejas maderas agrietadas, con las inscripciones de los últimos amantes, leían bellas universitarias libros que desconozco, normalmente con un perro blanco y baboso a los pies, la correa dejada con naturalidad en el suelo. Me miraban curiosas, sonreían o giraban el rostro, pasaban otra página, previo lametón en el índice. Horas de pasearse solitario con las frases, las disputas y los recuerdos, o en las que uno sopesaba mandar algún artículo a la provincia, al periódico que uno dejó allí, por si la colaboración daba un dinero que ya no necesitaba, Madrid siempre se vende, Madrid es vendible, podía mandar la crónica por si me apoquinaban unos euros, lo justo para sobrevivir una semana sin sablear a la marquesa o preguntar por mis colaboraciones y ventas en la capital, pero ya me dijeron todos que había iniciado un camino incierto, ya habían asegurado que me arrepentiría y, allí, sentado en el banco, en el parque de El Berro o en cualquier otro, con más frío que ideas, comprendía, con indiferencia, que quizás tenían razón, pero me negaba a reconocerlo.

A veces llegaba un anciano con boina, nunca era el mismo aunque todos eran iguales, con un abrigo largo, el pelo escaso, la voz temblona, unas manos de ceniza y tabaco, llegaba y hablaba, se sentaba junto a mí, guardaba silencio durante varios minutos, y luego tiraba palabras como tiempo atrás habría tirado piedras al pantano o al río. Especulaba sobre política, repetía consignas olvidadas, murmuraba, reía, sin que yo comprendiera muy bien el porqué y luego nos preguntaba quiénes éramos nosotros, qué hacíamos allí, a qué nos dedicábamos. Por los cielos de Madrid, en el parque de El Berro o en cualquier otro, volaban nubes fulgurantes que trasfiguraba el viento y el sol de

un amarillo pálido se abría y desabría como las flores en primavera.

A veces uno no se sentaba en el banco, a veces no llegaban ancianos ni había bellas universitarias con libros desconocidos, a veces, en el estanque, uno soportaba el paso del tiempo frente a los patos navegantes, obesos y en peligro. Los patos del estanque, de un blanco sucio y una mirada de estatua inacabada, esas mañanas, como una luz perdida en la Vía Láctea, los encontraba desplumados, cortados y degollados, víctimas de la crueldad de las nocturnas pandillas adolescentes. Era el instante en que comprendía que el sentimiento último de toda ciudad es ahorcar un hermoso pato a las tres de la madrugada, cuando el parque está solitario y las calles se desvisten de ciudadanos plumizos.

Aquellas semanas transcurrían con monotonía entre las visitas a la Marquesa, la taberna de Rosalinda y los paseos por la ciudad, paseos que morían, con frecuencia, como ya he dicho, en el parque de El Berro o en cualquier otro.

Le grité aquello tan horrible, tan cierto, en un momento desesperado, mercedidamente, y dejé su chalet, al final de Arturo Soria, calle con proyecto de ciudad lineal, como tuve que explicarle porque lo ignoraba. El taxista era un tipo duro y callado, arrancó mientras sintonizaba otra emisora. Por la radio desentonaba Jiménez Losantos y le secundaba Pedro J. Corría el año dos mil ocho, las chicas se abotonaban las camisas después del amor, por Azca o en Gran Vía, con el hipido leve que les baila en el esternón y un pecado breve, intenso y suntuoso en los labios envejecidos por la indiferencia, etc.

II

Pedía un Beefeater con tónica y mucho limón, frunciendo muchos los labios al pronunciar las efes, como si estuviese cabreado con el mundo, con la vida, yo qué sé. En la terraza una algarabía populosa de andaluces y palomas mareantes. Guitarras, tortillas y zapatos. Era la hora de las cañas y las tapas, al fondo, perdida en el horizonte, La Alhambra tenía algo de reina mora y algo de testigo sobornable de nuestro viaje, nuestras disputas y nuestros celos. Ella iba y venía a los baños, insinuándose con las caderas y los escotes a los chicos alegres y lorquianos, con sonrisas y guiños a las mujeres casquivanas, tenía algo de musa viciosa y mucho de mujer fatal, de *femme fatale*, que aprendimos a decir durante los estrenos de cine, en los barrios de la infancia perdida. Estábamos en su ciudad por unos días y no habíamos concretado a quién se visitaba y a quién no.

Por allí pululaban tías anoréxicas, primas opositoras, primos desempleados, padres enfermos, madres peluqueras, maridos en trámites de divorcio y la posibilidad de ampliar el negocio, el negocio del marido, del ex, lo que fuese, una sucursal en la que Cinthia pudiera instalarse definitivamente para calmar sus nervios, aproximarse a su ambiente y retomar una vida más estándar, lejos de Madrid, de los cabarés y los clubes de intercambio, esas cosas.

Cinthia barzoneaba entre el mogollón de la terraza, mientras la copa se aguaba, la prensa decía lo de siempre y el móvil sonaba con intermitencia, cada diez minutos, lo justo para impedir que la conversación tomase un derrotero definitivo.

-Sí, tía, estoy aquí, igual me vengo, ya sabes que a mí me va la marcha. Sí, sí, Marcos también, sí, y Jonás. Qué fuerte ¿verdad?, ya, ya... pero no pude evitarlo, Jonás está para partirlo por la mitad. Nos vemos -Colgó.

Cinthia intentó dejar el tabaco, como intentó dejar otros vicios, pero la perseverancia no figuraba entre sus virtudes, así que fumaba desesperadamente, remarcaba algún número en el teléfono y me señalaba las películas de la cartelera, aunque esos días no íbamos al cine, como tampoco íbamos a La Alhambra ni a muchos otros lugares de los convenidos. El viaje, improvisado, se decidió en el último momento. Dispusimos del tiempo justo para volcar cuatro trastos en la maleta y azuzar al taxista camino del aeropuerto. *Por el dinero del billete no te preocupes, paga Marcos*, comentó entre risas.

Cinthia en Granada, Cinthia en Madrid, Cinthia, siempre Cinthia, Cinthia en la memoria involuntaria, querido Proust. Cinthia me llevó a su tierra, fuimos juntos en el avión, con fiesta en los baños minúsculos. El marido trabajaba, así que iba en coche horas después; y allí, en las terrazas, uno ignoraba cuándo podía presentarse por sorpresa un padre enfermo, una madre peluquera, una tía indecible de la que nos había hablado pero que nunca conocí. Pero entonces llegaba, salida de un muro de piedra y barro, Vir, Virginia, la inseparable amiga, morena y delgada, arquitecta y promiscua, riente y rumbera, se sentaba con nosotros, después de los saludos, después de sorprenderse por mi presencia, de llamar loca a su amiga –tenía razón- y golfo y sinvergüenza y canalla al acompañante, que esa temporada fui yo. Puede que también tuviera razón.

Y las calles, tan concurridas, al cabo de un tiempo imprecisable, se desertizaban, yo caminaba, pasaba por hoteles en reformas, un loro flaco y malencarado gritaba palabrotas, los obreros cantaban a Raphael *que sabe nadie, que sabe nadie*, me

adentraba por la calle de las teterías, solo, porque las chicas, Cinthia y Vir, me abandonaban para ejecutar las visitas pertinentes. En las teterías en sombra, donde la luz decrece y el ambiente se tornaba hechicero, todo olor árabe, en una calle en cuesta, retorcida y sin asfaltar, de tenderetes y baratijas, de hombres de barro con dientes irregulares, me perdía en una taza de té con leche y canela, me ofrecían drogas blandas y amables que rechazaba condescendiente o consumía con avidez, y me malograba en infusiones que no me gustaban.

Uno, a veces, tomó té en Granada, en la Granada mestiza, hermosa y alegre, reclinado en un sofá, sentado a lo moro, sorbiendo de la taza hirviente, pensaba en el Haffa Café, en Tánger, pensaba en volver a Madrid, en regresar a Salamanca, por qué no, pensaba en el tatuaje de su cadera, en su pendiente íntimo, en su marido atormentado, pensaba en sus estriptis y perversiones, y entre tantos pensamientos, entre tanta meditación improductiva, se presentó otra persona, una heroína de culebrón, desde detrás, en forma de mano amiga que nos pide fuego cuando casi lo habíamos dejado.

Luis Eduardo Aute, cantautor de las narices, con aire funeral, actuaba en la ciudad, así que saqué entradas para los cuatro. Al final de la tarde hacíamos cola en el auditorio. Vir, arquitecta parada, Julia, rubia de bote, Cinthia, amante amada, y yo. Cuando la noche se adentraba y los faroles daban la luz dudosa, cuando los cuatro reíamos, Cinthia se apartó del grupo, se llevó una mano al oído, ocultando los enormes pendientes de aro y dijo al vacío palabras que no pude escuchar.

-Es Marcos. Que al final viene.

Total, que compré tres entradas para que me acompañaran al concierto y me abandonaban.

-Tú nos choteas a lo lejos, cariño.

-Vas a disfrutar de lo lindo, zorrón -le decía, contrariado, pero con la dosis justa de cinismo e indiferencia.

-Ya verás qué cariñoso es Marcos conmigo en los conciertos.

Luis Eduardo Aute, cantautor de las narices, fumaba el último cigarro antes de salir al escenario, paseaba nervioso entre bambalinas y por las cortinas ligeras se le veía caminar abstracto y musitante, afinando la primera canción. En el momento en que el escenario, todavía oscuro, se llenó de música, salió a escena, entonó la primera, sentado en una banqueta, sin moverse, camuflado entre los pelos y la barba, entre la camisa blanca y los vaqueros deshilachados; metido en un grupo de cuarentonas repintadas, todo rímel y Chanel, como la marquesa de las Flores, atento al cantautor de las narices, controlaba oblicuamente a las tres chicas perdidas y al ex marido, ex lo que fuera, de Cinthia.

Nosotros habíamos escuchado a Aute en el chalet de Arturo Soria, ella no lo soportaba, siempre se refería a él como indeseable, loco, paranoico, todo así, incluso me instó a que eligiese entre ellos, pero retiró la amenaza porque entonces me quería y sabía que jamás renunciaría al cantautor. Pensaba en esto, creo, en los momentos de música que compartimos, cuando los veinticuatro grados de la casa eran asfixiantes y ella se lucía desnuda o en culote, tan vegetariana y tan golfa, tan ordenada y hortera frente a mí. La torre musical, plateada y potente tronaba *Hemingway delira*, mientras yo bebía ron con menta en la cama flotante, mirando mi cuerpo sucesivo en los espejos del techo.

Cinthia bailaba los lentos con Vir, acaramelada, alegre y bella, mientras Marcos charlaba enjuto con Julia. Marcos era corpulento de gimnasios, rapado de cabellera, grotesco de indumentaria, parco de palabras, ambicioso de empresas, lucidor de mujeres, prepotente de cheques y tolerante con los vicios de

Cinthia. Ella me miraba de reojo y se contoneaba. Era hermosa como un verso improvisado.

Teníamos nuestra canción, la única que toleraba de Aute, sobre todo porque fue la que cantó de adolescente en los karaokes. Con *Slowly*, que tantas veces bailamos en el chalet o junto al coche, antes de la despedida, se acarameló con su ex, orangután musculado, mientras las luces se tornaban sutiles, las parejas se besaban y la multitud encendía los mecheros. *Por más que la grúa se lleve mi coche, oh, quiero bailar un slow with you tonight*. Teníamos nuestra canción, ésa con la que tanto tiempo habíamos compartido, y tanta cama, y tanta alfalfa, así que, indignado, asqueado, enfurecido, encaré la salida, miré el reloj, maldije a las mujeres en general y a Cinthia en particular y me dispuse a marcharme para el hotel, para Madrid, para Salamanca, para un arroyo, para no sé dónde, pero ella me siguió y antes de que alcanzara la salida -dos botones desabrochados de la camisa- me arrastró hasta los baños femeninos. *Por más que nos pille el estúpido de tu marido, oh, quiero bailar un slow with you tonight*, etc.

-Telefonéame mañana, morena.

Abandoné el recinto. El concierto no había terminado, el público adulto escuchaba con parsimonia. Mientras Granada entraba en un sueño difícil y prolongado, por mi mente flirteaba nuestra canción, sus manos de uñas postizas y la mano amiga que me abordó en las teterías, la heroína de culebrón.

Barrios de Granada, barrios a las afueras de las afueras, quizá el Albaicín, barrios cuyos nombres no recuerdo y que, en las noches en las que se me imponía la soledad, me refugiaba trágico como un griego, perverso como un poeta, inocente como las hienas; El Sacromonte, cuevas donde resonaban limpias y claras las guitarras españolas, donde los turistas no llegaban y

donde los patriarcas nos recibían con un sombrero blanco, un bigote espeso, un bastón con muescas múltiples. Eran los tablaos en los que corría el fino, donde me recostaba contra la piedra húmeda, donde sopesaba el trabajo perdido, los amigos alejados, la amante amada y la vida madrileña disipada entre las casas nobles de marquesas viudas, en tabernas grotescas, como la Taberna de Rosalinda, en la pensión sin estrellas y sus estudiantes memorizadores de legajos; cuevas de buena música y Fino La Ina.

En la penumbra, como un mueble destartado, el cordobés patillado, pana y Barbour, entablaba conversación, yo le contaba mi historia a medias, mezclaba mentiras y verdades, adornaba su cuerpo con adjetivos fáciles y él, hombre sin identidad, fumador de Farias con saliva, opinaba.

-Joé, quillo, que a esa morenasa es pá trinchala como un pavo, me voy a vasiá solo de pensalo.

Era el cordobés saleroso y soez, una gracia con acento, un castellano lacerado, mejor que el de algunas ministras de la época, aficionado al cante jondo, generoso, cordial y casi hermano.

-Quillo, coño, que no es pá ponese así, que la vía hay que aprovechala, tú to pa dentro, y luego ya se verá. Con lo triunfante que estaría yo con una joía de ésas. Si es que las granaínas tienen mu mala follá, eso ya se sabe. Anda, Tomás, ponle otro traguito a mi amigo. Ea, chiquillo, las palmas, toca las palmas, ea.

-Deja, cordobés, que me voy.

-E aquí no se va naide, ¿a onde coño te va a i? Meca, como te pongas así de tonto te voy a arreá un vergazo. Anda ya y bebe, so cabrón.

Seguían las palmas, los finos, las barajas, todo a media luz, el cordobés se precipitaba en las simas del vino blanco,

camuflado en el humo tenebrista del Farias, un gitanito de canela, seis años, palmeaba junto a los bordones de las guitarras.

El adosado de los padres de Cinthia era viejo como una estación de ferrocarril y enfermo como un hospital de cloroformo. Me presentaron alegando que era amigo de la capital, un periodista con talento –falso-. El maquinista prejubilado, con un enfisema sonoro y angustioso, trasteaba por las habitaciones y me incomodaba con preguntas capciosas. Don Eleuterio me arrastraba a sótanos plagados de serruchos y maquinaria diversa, cortaba una silla de mimbre, ajustaba una ventana cóncava y fumaba secretamente en el baño subterráneo unos Celtas largos, que yo recordaba de cuando muy joven, época en la que me iniciaba en el tabaco por los parques del extrarradio. Don Eleuterio, en algunas ocasiones, me ofrecía un cigarrillo, todos escondidos bajo unas cajas de tuercas y llaves inglesas, tosía fuerte y macho, terminal, mientras trataba de sonsacarme sobre la vida de Cinthia, en Madrid, el matrimonio fallido, las amistades, ese tipo de información. Cinthia nos llamaba, su voz ausente venía del dormitorio o la cocina y al subir me la encontraba pintada y con las enormes botas de charol por encima de la rodilla, botas que había visto años atrás en las meretrices de Montera y que ahora se ponía una novia, una amante, lo que fuera; y salíamos a la calle, por las calles de farolas amarillentas y adoquines incómodos y rectangulares. Había que pasar por la peluquería de la Visitación, la madre estilista, benigna y trabajadora, tenía que hacer unas ingles, depilaciones con láser, tintes varios y con cara de sospecha me miraba sin faltarme pero sin acogerme, *Marcos viene a la una a depilarse*, decía, y nosotros seguíamos la ronda de El Corte Inglés, de las taperías y de las antiguas amistades de Cinthia en su primera ciudad, cuando todavía era inocente y manejable.

Me reía de Marcos, abiertamente, un tío en pleno proceso de depilación, testículos incluidos, da mucha risa, bromeaba sobre el asunto, mientras los viandantes se deslumbraban por el charol reflectante de las botas y el atrevimiento excesivo de la minifalda. Le decía que los griegos fueron los primeros metrosexuales, gimnasia y aceites, más las batallas navales, de Sócrates a Platón y ahora vuelve la moda griega como una novedad, como un descubrimiento que no era tal, y ella, fumadora, agarrada a mi cintura, carcajeaba. Era mediodía, los gorriones piaban desde los árboles.

Fueron días de familia y sexo, de celos, alguna pelea y soledades, días o madrugadas fugaces en las que Cinthia y Vir jugaban conmigo, desnudos en los probadores, fornicantes en los tranvías, rientes ante una Alhambra que siempre, en algún momento suspendido de la tarde, cuando la ciudad flota sobre sí misma, era el fondo del escenario, monumento que había visitado en otras ocasiones y que también aquellos días frecuenté. Eso ya se contará. Días de padres enfermos, la bombona de oxígeno junto a la mesa del ordenador, allí expuesta, con la naturalidad de una cesta de fruta o un cuadro presentable; días de madres, de la Visitación, que cocinaba cocidos abundantes para todos menos para Cinthia, tan vegetariana y tan golfa, o que, en la sobremesa, ofrecía anises prehistóricos y desaprobaba los escotes de mi amante, el *piercing* de la lengua, el tatuaje de la cadera, ignorante, ay, del otro *piercing* íntimo y secreto que yo había disfrutado larga y felizmente en tantas ocasiones. Qué doble vida la de Cinthia, gogó perversa, estríper maravillosa, que justificaba los lujos y excesos en un trabajo administrativo que nunca le hubiese dado para los caprichos.

Se compró unas gafas de Chanel, más de trescientos euros. Le tapaban la cara, enormes y de espejo, quizá modernas, y se empeñó en llevarlas por los bares de la ciudad, en plena noche.

-Soy divina, cariño, no me mires así. Hoy hay fiesta, aquí empezó todo, cari, quiero recordar, quiero divertirme. Estoy harta de llorar.

No recuerdo el nombre de la discoteca, estaba en una calle estrecha, haciendo esquina, habíamos dejado puestos ambulantes y tenderetes de comida árabe detrás de nosotros, tomé un *shawarma* ante los gestos desaprobadores de la chica vegetariana y, después de hacer cola, entramos en el sitio. Allí había empezado todo, según ella, y mientras pedía una copa – solo tomaba Baileys-, la vi hablar con un viejo amigo, un cubano gordo vestido de lino que trabajaba en el local. *Estoy en plena crisis matrimonial*, decía, bailaba a su manera, y el cubano, *ay, amol, qué loca estás*. Le ajustaba las gafas presionando con su índice y quedaba expectante, dejando que Cinthia le contara novedades de su vida caótica y sentimental.

Virginia, Vir, la arquitecta parada, sopesaba el lugar, un sitio con aspecto de pulmones de fumador, oscuro y negro, oliente, concurrido, me decía palabras que el estruendo no me permitía escuchar, me pasaba la mano por la nuca, gritaba más fuerte, puede que la entendiera, pero yo miraba de soslayo a Cinthia y al cubano, *qué loca estás, amol*, y bajaba las manos por la espalda, que ella entre risas y movimientos le retiraba. Yo presentía el duelo mientras las feromonas invadían el ambiente.

Supongo que Marcos, afortunado, enfermo por irritaciones íntimas -peligros de la cera hirviente-, se libró, aquella noche, de ver a su ex bailando desnuda en una barra

cualquiera. Hay escenas, es evidente, que mejor no saberlas ni presenciarlas.

-Pero no te encabrones, disfruta de las vistas, Jonás. *Don't worry, be happy*, deja a la Divina, ven -y bailaba conmigo, no sé en qué plan.

Cuánto daño nos ha hecho el cine y qué intolerantes nos ha vuelto, cómo nos envileció Hollywood, porque uno recordaba a Gilda –a veces la llamaba así-, recordaba los guantes negros hasta los codos y el balanceo de caderas de aquella chica, los movimientos sensuales en los que se desvestía de la prenda como si desnudase el cuerpo entero, ante una multitud exaltada y palpitante y un marido indignado y enfurecido. Por un instante fui Glenn Ford, corría el año dos mil ocho, y subí a la barra y le largué una hostia por puta, como hizo Glenn, y los gorilas del bar se enfurecieron y me golpearon y me dejaron magullado, sangrante y solemne en la puerta del sitio, mientras Gilda, con los dedos marcados en la cara por la bofetada seca y restallante, seguía allí dentro buscando las gafas por el suelo, consolada por Virginia, la amiga cómplice, arquitecta parada.

Recorrí la ciudad de los moros, judíos y cristianos, que dijo el otro. El ambiente tenía un olor a carne con adobo y a cochera orinada, pasé por los hostales en reforma donde un loro flaco y malencarado decía palabrotas, los andamios aguardaban a los obreros que cantaban a Raphael, y yo, con las manos en los bolsillos, trataba de recordar la dirección de mi alojamiento. Sonó el móvil, llegaron mensajes y me encaminé hacia allá, sonámbulo y confuso, furioso y desesperado. Deseé trasladarme a la Taberna de Rosalinda, lugar en el que conversaba con Sabina y la gallofa de intelectuales, golfos, borrachos y golpistas, personajes que me endulzaban la mente como un edulcorante falso y caducado; deseé no haberla conocido nunca, porque hay vicios en los que es mejor no iniciarse y, en medio de una plaza,

bajo una luna lívida o escarlata, no recuerdo, en un paisaje urbano y solitario, me puse a gritar.

Julia se la llevó en el Alfa Romeo. Esa mañana se compró un borsalino rojo para el show nocturno, un sombrero aterciopelado, y ahora se marchaba como una carabela en medio del temporal, hacia el pequeño aeropuerto, de vuelta a Madrid, con el borsalino puesto, la falda corta y las botas altas de charol. Las vi perderse en un cruce, cuando los semáforos se pusieron verdes. Allí, para el embarque, esperaba Marcos, convaleciente de las depilaciones, con los huevos escaldados y enrojecidos, con un bote de talco en las manos.

Dudaba entre regresar con Virginia, en autobús, o perderme de un modo irracional por Granada. Era una mañana clara, apenas las once de un día luminoso, y sin saber por qué me dirigía a casa de don Eleuterio. Atravesaba barrios obreros populosos de viandantes felices, había un acento de pana y rumba por la calle, los comerciantes se saludaban desde las aceras y las señoras de la limpieza vertían las aguas turbias en los albañales. Pasaba barrios obreros, me detenía en los quioscos, ojeaba revistas y periódicos, vagamente interesado en los titulares -yo también redactaba columnas en uno de ellos y tenía mi sueño de carmín, la avaricia por el Mariano de Cavia-, hasta llegar al lugar donde don Eleuterio sacaba dos enormes bolsas de basura y desprendía las últimas bocanadas de un humo escaso y nocivo.

-Un Celtas -dije.

Don Eleuterio me recibía afable, frotándose las manos, según dejaba detrás el contenedor y, rodeándome con sus brazos, me encaminaba al bar, un lugar tranquilo de café y cigarro. Hablábamos de su jubilación, de la enfermedad, salieron al paso varios libros de Terenci Moix y por sus ojos amarillos

volaban tristezas y preocupaciones, soledades y presentimientos de un final cercano. Don Eleuterio tenía la mano ancha y afable, dura y seca, el pulmón inexistente y una preocupación eterna por Gilda, por la Divina, por mi Cinthia, amante amada que había aparecido en casa de mal humor y con una hostia formidable en el rostro.

-A las mujeres para ser felices les basta con no tener escrúpulos -le espeté, a mitad de conversación.

-Para ser felices lo que no tiene que haber es ningún cabrón que las maltrate.

-Eso es reduccionismo, don Eleuterio.

-Hostias, si me entero de quién fue el cabrito, hago una degollina.

-Lo dice más resignado que convencido.

Era la verdad, don Eleuterio era más la palabra que la obra y en sus palabras de humo y en sus gestos de derrotado se traslucía la certidumbre de que la hija le había salido volteriana.

Fueron días de sexo, de descubrimiento y familia, ardía el año dos mil ocho, La Alhambra tenía algo de reina mora y las cloacas algo de pozo infecto, don Eleuterio se despidió con un abrazo macho, una lágrima de impotencia y un esputo verde. Descendí barrios obreros, en un viaje inverso y fui otra vez a su encuentro.